

I centenario de la Familia de la Cruz

Dios se sirvió de una mujer casada, madre de nueve hijos, para recordar al mundo actual el evangelio de la cruz, y el sentido profundo de los principales misterios cristianos. El teólogo Michel M. Philipon presentó así a la sierva de Dios María de la Concepción Cabrera de Armida en su biografía «Diario espiritual de una madre de familia»¹. Conchita (como la llamaban familiarmente) pasó por el mundo con sencillez y alegría entre los suyos, entregada totalmente a Dios en el secreto de su alma habitada por el Espíritu Santo; vivió una intensa irradiación apostólica, con amplios horizontes de Iglesia; fue creadora de un nuevo tipo de santidad accesible a todos. Lo que más llama la atención en ella es su polivalencia. Realizó las diversas vocaciones de la mujer: esposa, madre, viuda, e incluso, por indulto especial del Papa Pío X, sin abandonar nunca su ámbito familiar, murió religiosa, entre los brazos de sus hijos. Se dirigió a todas las categorías del pueblo de Dios: laicos, sacerdotes, obispos, religiosos y todos los que llevan una vida consagrada. Su «Diario espiritual», con sus sesenta y seis volúmenes manuscritos, nos muestran cómo se eleva sin esfuerzo, y a menudo sin transición, desde las más modestas ocupaciones del hogar hasta la generación del Verbo en los esplendores de la Trinidad. La sierva de Dios Conchita Cabrera nació en San Luis Potosí (México) el 8 de diciembre de 1862. No vio para sí otro camino que el matrimonio y se orientó totalmente a él; a los veintidós años se casó con don Francisco Armida. En su interior fueron creciendo, con una armonía muy profunda, el amor a Dios y el amor a su esposo. Fruto de ese amor fueron sus nueve hijos, a quienes ambos cónyuges dedicaron toda su atención y cariño.

A los 27 años, con ocasión de sus primeros ejercicios espirituales, sintió en lo profundo de su ser: «Tu misión será

1. Ed. Desclée de Brouwer, 1974.

salvar almas». Fue el inicio de una vida de entrega, que le abrió totalmente a la gracia del Espíritu. El 14 de enero de 1894, Jesús Salvador le comunicó su mismo amor, su misma inquietud salvífica. Ese día nació un movimiento espiritual: las Obras de la Cruz. La Providencia confió a una mujer seglar un mensaje profético para el mundo de hoy, que se encuentra contenido en la cruz misteriosa, que días después ella contempló: una cruz muy grande, con el Corazón de Jesús en el centro y en lo alto el Espíritu Santo, que derrama sobre ella su luz y su fuego. A los cuatro meses de este acontecimiento, con asombrosa rapidez, surgió la primera de las Obras de la Cruz: el Apostolado de la Cruz, cuya finalidad es ofrecer en unión con Jesús todos los trabajos y alegrías, especialmente los sufrimientos, al impulso del Espíritu Santo, para la salvación de los hombres. Ningún hombre puede evadirse del dolor, Cristo Jesús con su vida nos enseña a abrazarlo con amor y transformarlo en fuente de vida nueva. El Apostolado de la Cruz recibe su primera aprobación canónica el 3 de mayo de 1895 y la pontificia en 1896. Para entonces se habían inscrito ya ocho mil personas, que tenían continuamente en sus labios y en su corazón las palabras: «Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos». Por entonces, nadie sabe que María de la Concepción es la inspiradora de esta obra; el instrumento realizador es el siervo de Dios Mons. Ramón Ibarra y González, arzobispo de Puebla, cuya causa de canonización está ya muy avanzada, así como el director espiritual de Conchita, el P. Mir, S.J. Ella continúa su vida normal y oculta: está para dar a luz al sexto de sus hijos.

El 3 de mayo de 1897 cristaliza la segunda de las Obras de la Cruz: las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús. El movimiento espiritual que había surgido en la Iglesia necesitaba un manantial oculto que lo alimentase y lo sostuviera. Esta misión es propia de las Religiosas de la Cruz, contemplativas, dedicadas a la adoración eucarística día y noche, prolongación de «la Hora» de Jesús; uniéndose a sus sentimientos de oblación para gloria del Padre y salvación de los hombres, unidas al Corazón sacerdotal de Cristo, pronuncian con su vida estas palabras: «Por ellos me consagro», convencidas de que los sacerdotes son piezas centrales de la tarea eclesial.

Surge, luego, la tercera Obra de la Cruz, para laicos muy comprometidos, que desean vivir la espiritualidad de la Cruz en profundidad: alianza de amor con el Corazón de Jesús.

Se caracteriza por su llamado a una vida de intimidad con Jesús, irradiándola en su ambiente familiar, en el cumplimiento de los deberes de su estado. En unión con Jesús, todo adquiere una dimensión sacerdotal para gloria del Padre y salvación de los hombres, especialmente de los sacerdotes. Fue aprobada el 11 de noviembre de 1909.

La espiritualidad de la Cruz se fue extendiendo a todos los sectores del pueblo de Dios, con modalidades distintas según las diferentes vocaciones. Ya en aquellos años había muchos obispos y sacerdotes que conocían esta espiritualidad de la Cruz y la vivían. Surgió entonces para ellos la cuarta de las Obras de la Cruz: la Fraternidad Sacerdotal, cuya misión es promover la santificación de los sacerdotes y difundir las Obras de la Cruz. Fue aprobada el 3 de diciembre de 1913.

En 1903, María de la Concepción tuvo un encuentro providencial con el siervo de Dios Félix de Jesús Rougier, sacerdote marista, que desde el primer momento quedó cautivado por la espiritualidad de la Cruz y se sintió llamado a ella: fue el instrumento de Dios para llevar a cabo la fundación de una nueva congregación clerical. Después de muchas vicisitudes y largas esperas, nació en la Iglesia la quinta Obra de la Cruz: los Misioneros del Espíritu Santo, fundados el 25 de diciembre de 1914, con la finalidad de promover en el pueblo de Dios, a través de la dirección espiritual, la vivencia del misterio de la encarnación redentora por la Cruz, para que reine en el mundo y en la Iglesia el Espíritu Santo. Todas estas obras tienen la unidad de un mismo espíritu y han florecido principalmente en México; están extendidas también por Estados Unidos, Guatemala, Costa Rica, Puerto Rico, Argentina, Perú, Bolivia, Honduras, España, Italia, Alemania, Kenia y Japón.

Conchita murió el 3 de marzo de 1937, pero continuó viviendo en las Obras de la Cruz y comunicando su influjo en la Iglesia. Con ocasión de la clausura del centenario de la fundación, el Papa mandó el mensaje, firmado por el cardenal secretario de Estado, que ofrecemos a continuación. Los cardenales Antonio María Javierre, prefecto de la congregación para el culto divino, y Ernesto Corripio Ahumada, arzobispo de México, presidieron las celebraciones de clausura del centenario en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe de la Ciudad de México. El cardenal Javierre dio también numerosas confe-

rencias y presidió una concelebración solemne en el nuevo santuario de la Cruz del Apostolado.

Mensaje del Papa a los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares de la Familia de la Cruz

A los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares miembros de la Familia de la Cruz:

1. Al clausurarse en la Ciudad de México el primer centenario de la *Familia de la Cruz*, Su Santidad Juan Pablo II me ha confiado el encargo de hacer llegar su más cordial saludo y mensaje de aliento a todos los miembros de esa gran familia eclesial.

El Santo Padre desea unirse espiritualmente a la solemne acción de gracias a Dios por los abundantes dones recibidos durante ese tiempo y por los copiosos frutos de vida cristiana que las *Obras de la Cruz* han suscitado en la Iglesia. Al mismo tiempo, invita a todos a hacer de esta efemérides una ocasión propicia que les consolide en la identidad de la propia vocación y en su abnegada entrega al Señor y al servicio de los hermanos.

La Familia de la Cruz, constituida por once institutos de vida consagrada y cinco asociaciones o movimientos para sacerdotes y laicos, surgió en México por medio de la sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida. Ella fue el instrumento elegido por la divina Providencia para suscitar en la Iglesia esta nueva familia religiosa que vive la espiritualidad de la cruz a través del sacerdocio bautismal. Sus miembros, movidos por el Espíritu Santo, en unión con Cristo, con María y como María, se ofrecen al Padre por la salvación de todos los hombres, especialmente por la santificación de los sacerdotes.

2. Conchita -nombre familiar de esta sierva de Dios- enseña en sus escritos que todos los cristianos están invitados a colaborar con Cristo en su obra salvífica, y ella se siente llamada a participar en la misión redentora de Jesucristo, sacerdote y víctima, por medio del *Apostolado de la cruz*, que resume la espiritualidad de esa familia religiosa.

Al mismo tiempo, ella tiene plena conciencia de que su vocación es el matrimonio, lo cual la llevará a casarse con Francisco Armida, esposo fiel y sumamente delicado, que siempre respetó el carisma de su esposa. De esa unión nacerían nueve hijos, que Conchita ofreció a Dios y que educó con gran responsabilidad. Ser esposa y madre nunca le impidió estar íntimamente unida al Señor para realizar fielmente sus designios. Por ello, siguiendo su ejemplo, cada uno, dócil a los dones del Espíritu Santo ha de imitar a Jesús en su amor obediente al Padre y en su amor humilde a los hombres, en pureza, santidad de vida y sacrificio.

De esta manera el cristiano trata de ejercer el sacerdocio bautismal, cuando se une al sacrificio de Cristo y se hace con Él víctima de expiación por los pecados de la humanidad, ofreciéndose como hostia agradable a Dios. A este respecto, los sacerdotes y las personas consagradas están llamados a una configuración peculiar con Cristo, cabeza y pastor de la Iglesia, bajo la guía del propio obispo, colaborando activamente con él en la edificación del pueblo fiel. «Hoy la Iglesia -decía Conchita- necesita sacerdotes santos por el Espíritu Santo, sacerdotes de fe, sacerdotes de luz para iluminar los caminos del bien, sacerdotes de fuego que llenen de amor divino el universo entero»². A este propósito, la *Cadena de amor* es esa forma específica como la Sierva de Dios enseña a vivir la unión con el Salvador en su oblación redentora; para ello es necesario el ejercicio de las virtudes que nos configuran con Él.

3. Modelo perfecto de esta transformación y seguimiento del Señor, y de total entrega a los demás es la Virgen María. Por eso ella es la estrella de la nueva evangelización que la Iglesia está llamada a llevar a cabo de cara al tercer milenio cristiano, pues toda obra evangelizadora prolonga a través de los siglos aquel camino de fe que tiene su origen en Pentecostés. Ahora bien, «al comienzo de ese camino está presente María a la que vemos en medio de los Apóstoles en el cenáculo implorando con sus ruegos el don del Espíritu»³. Ella fue dócil a la palabra de Dios y nos enseña a todos a ser también dóciles a su divino Hijo, Jesús, que es «el camino, la verdad y la vida»(*Jn* 14, 6).

2. *Cuenta de conciencia*, t. 48, p. 290.

3. *Redemptoris Mater*, 26.

En efecto, la Virgen de Nazaret es la primera evangelizada (cfr. *Lc* 1, 26-38) y la primera evangelizadora (cfr. *Lc* 1, 39-45), que proclama en todas las épocas y a todas las generaciones el mensaje de Caná: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5). El potencial evangelizador de su figura -confirmado sin interrupción en la historia de la Iglesia- radica en el hecho de que María es evangelio vivido y realizado, hasta el punto de que, «sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista»⁴. Prueba de ello son los reduccionismos y lecturas subjetivas a que viene sometido el mensaje evangélico en los ambientes de las sectas fundamentalistas, diluyendo con ello la coherencia y la unidad de la palabra revelada. Así, pues, el proyecto de la nueva evangelización ha de llevarse a cabo presentando siempre a la Virgen María como la más alta y perfecta realización del mensaje cristiano, como su modelo operativo más estimulante.

4. Conociendo la gran solicitud con que Conchita y su esposo Francisco cuidaron la propia familia, el Santo Padre espera vivamente que los miembros de las Obras de la Cruz, en este *Año internacional de la familia*, dediquen particular atención a este apostolado. En unos momentos en que se perciben signos evidentes de crisis en la institución familiar⁵, cabe señalar al mismo tiempo la existencia de valores nuevos entre los que sobresale un descubrimiento más profundo de la espiritualidad conyugal, la cual es necesario seguir fomentando. En efecto, la familia es la iglesia doméstica en la que los hijos aprenden a rezar, lugar privilegiado de formación y evangelización, primera escuela de solidaridad y de servicio recíproco, así como punto de partida de experiencias comunitarias⁶.

A los sacerdotes y personas consagradas el Santo Padre les exhorta a dedicar una mayor atención a la pastoral familiar: «Ellos deben sostener a las familias en sus dificultades y sufrimientos, acercándose a sus miembros, ayudándoles a ver su vida a la luz del Evangelio»⁷, con la convicción de que en esta tarea encontrarán «nuevos estímulos y energías espirituales aún para la propia vocación y para el ejercicio mismo de su ministerio»⁸.

4. Puebla, 301.

5. Cfr. *Gaudium et spes*, 47; *Familiaris consortio*, 4 y 7.

6. Cfr. *Familiaris consortio*, 21.

7. *Ib.*, 73.

8. *Ib.*

5. Antes de terminar este mensaje, Su Santidad quiere encomendarles de modo especial a Nuestra Señora de Guadalupe, en cuyo santuario se celebra solemnemente este primer centenario. A ella, que es Madre y modelo de la Iglesia, pide que les ayude a ser testigos de la unidad y fidelidad a la buena nueva de la salvación traída por Cristo, y que debe traducirse también en un testimonio de diálogo y amor a los demás. De ese modo el Espíritu Santo les animará e iluminará en esta nueva etapa de renovación que se está emprendiendo. Con estos fervientes deseos, y como signo de la benevolencia de Dios, Padre amoroso de los hombres, el Sumo Pontífice imparte a todos los miembros de la Familia de la Cruz, así como a los participantes en esa conmemoración jubilar, la implorada bendición apostólica. Unido también a esta gozosa celebración, me complace expresarles los sentimientos de mi consideración y estima en Cristo.

Cardenal Angelo Sodano
Secretario de Estado de Su Santidad

